

## MARINELLO EN TRES TIEMPOS\*

---

Estas palabras mías, en las que se mezclan los recuerdos del amigo y la admiración del compañero de ideas por una obra y una vida ejemplares, las he titulado “Marinello en tres tiempos”. Tres tiempos distintos, difíciles, que ponen a prueba la concordancia de la palabra y la acción, tiempos duros que reclaman estar a la altura de las circunstancias, lo que, como decía el gran poeta Antonio Machado, tan querido y admirado por Marinello, es mucho más difícil que estar por encima de ellas. Tiempos diversos, a los que me voy a referir, en los que vemos a Marinello uno y distinto, constante y vario, y, por ello, como un hombre de aquel tiempo, de éste y del que vendrá. Son los tiempos en que tuve la fortuna de verlo, oírlo, hablarle y, sobre todo, de ser testigo de una conducta que derramaba serenidad, calidad humana, finura espiritual, talento y combatividad a manos llenas.

Tiempo de guerra, el primero, de Guerra civil en España, en julio de 1937, en el Madrid heroico del “No pasarán”, durante el Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura. Ahí veo a Marinello, por primera vez. Forma parte de la delegación cubana y en ella se encuentra en muy buena compañía: la de Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Félix Pita Rodríguez. Allí están también —en un acto de solidaridad viva y combativa— escritores de renombre mundial como Malraux, Ehrenburg, Tristan Tzara, y entre los latinoamericanos, César Vallejo. La figura de Marinello destaca allí con perfil propio y como brillante portavoz

---

\*Publicado en *Casa de las Américas*. La Habana, núm. 109, julio-agosto de 1978.

de la intelectualidad más lúcida y más noble hispanoamericana, de cuya delegación es presidente. Cuando Marinello llega a España es ya un escritor prestigioso y un político firmemente forjado. Sin embargo, la guerra de España deja en él una profunda huella al captar su profundo significado histórico y, en particular, para los pueblos de habla hispana. Y esa huella se revela no sólo en sus escritos, recogidos especialmente en su libro *Momento español*, sino también en sus intervenciones públicas, a su vuelta a Cuba, con las que se convierte en uno de los más encendidos y claros mensajeros de la verdad por la que lucha el pueblo español.

No eran fáciles las cosas en el Madrid sitiado de aquellos días ni siquiera para los invitados extranjeros a los que se trataba de hacerles más llevadera su estancia. Marinello pudo conocer de cerca y correr los riesgos —inevitables— de una ciudad sitiada, bombardeada constantemente, en la que la guerra implacable cobraba a cada instante, y en plena calle, sus víctimas. Pero Marinello estuvo aquellos días, como pude apreciarlo, a la altura de las circunstancias: sereno ante el peligro, sin jactancia, pero firme, y a la vez lleno de fervor antifascista y de solidario espíritu combativo. De aquellos momentos conservo un autógrafo suyo que dice así: “La visita a Madrid me convence de dos hechos importantísimos: el horror del crimen fascista y la heroicidad sin límites del pueblo español. Ojalá todos los asistentes a este congreso lleven a sus pueblos la visión justa de este crimen y de este heroísmo”. Y Marinello, ciertamente, la llevó. Y con esta solidaridad, que no mostraba por primera vez y que habría de reiterarla muchas veces después con otros pueblos combatientes, ponía ante nuestros ojos una faceta fundamental de su vida y su obra: su sensibilidad siempre despierta para las luchas de otros pueblos. Dondequiera que un pueblo era pisoteado y luchaba por su libertad, Marinello vivía su dolor y su esperanza como si se tratara del suyo propio. Su causa era su propia causa. Y por vinculado que estuviera —y cómo lo estaba desde siempre y hasta su muerte— con su pueblo cubano, en la entraña misma de esta vinculación, de este apego insobornable a sus raíces, estaba

asimismo enraizada esa vocación universalista, porque para él había una razón universal de los oprimidos de todo el mundo.

Tiempo de exilio. Casi veinte años después, vuelvo a encontrar a Marinello aquí en México, tierra generosa y hospitalaria para los arrojados de sus hogares patrios por el despotismo o la tiranía. Y aquí me encuentro con Marinello compartiendo ambos un doloroso lazo común: el del exilio. Marinello aprovecha por entonces la libertad que se le ofrece, no en su propio provecho, sino poniéndola al servicio de la lucha contra la tiranía batistiana. Ya Marinello peina algunas canas, y, sin embargo, como en los días ya un tanto lejanos del Madrid en guerra, en él encontramos el mismo fervor combativo, la misma voluntad indomable por el cauce sereno en el que discurren sus esperanzas. No era México una tierra nueva para él; ya había estado aquí un cuarto de siglo antes dejando una firme estela de su combatividad en su empeño, logrado al fin contra viento y marea, por trasladar a Cuba los restos de Julio Antonio Mella. Y una estela también profunda había dejado con su elevado magisterio en universidades mexicanas.

El exilio no es para Marinello lugar de llanto y nostalgia, sino tiempo en el que tensa sus fuerzas para poder incorporarlas con más brío y eficacia al gran combate que espera a su pueblo. Y a él se suma Marinello volviendo a su patria donde vive y comparte, en la clandestinidad, los duros años de lucha que desde el Moncada van siendo jalonados por las acciones combativas que llevarán a la victoria de la Revolución cubana. Exilio o clandestinidad: siempre en tensión la misma voluntad indomable de servir, con la pluma, la palabra o la acción a su pueblo.

Fue una dicha para mí encontrar a Marinello años después de la victoria, en su Cuba liberada, "primer territorio libre de América". Esta dicha no era sino el reflejo mismo de la inmensa dicha que brotaba de todo él. Tantos tiempos diversos vividos por él, ya habiendo rebasado los seis decenios, desembocaban en el tiempo de la Revolución, tiempo único en el que se condensan todos los tiempos; tiempo en que el esfuerzo de uno cuenta por

todos y el de todos por uno; tiempo en que lo uno es otro, en el que hay un reparto de alegrías y sufrimientos y en el que, superado el individualismo burgués, hay sobre todo en esta Revolución, tan cerca de la fauces del moustruo y constante y tenazmente agredida, una verdadera socialización del dolor y la inquietud, pero también de la alegría y la esperanza. ¿Cómo no había de estar dichoso en este tiempo de revolución, no obstante sus tremendos riesgos, aquel Marinello que nunca se había dejado abatir, que siempre había mantenido en alto su fervor revolucionario y su espíritu combativo; cuando un pueblo como el español se batía en condiciones casi desesperadas; cuando en el exilio y la clandestinidad vivía y compartía los sufrimientos que infligía a su pueblo una tiranía implacable? Y no era optimismo ciego, fe del carbonero o sueño de sueños, aunque Marinello — como buen lector de Lenin — sabía que en la práctica política hay que dejar también cierto lugar al sueño. Marinello preveía, ciertamente, lo que la realidad habría de demostrar con creces: que Cuba tendría que hacer frente a las más despiadadas formas de presión y agresión de un enemigo que no se resignaría — como no se resigna todavía hoy — a perder su presa. Pero de lo que estaba seguro Marinello era de que el potencial combativo de su pueblo, firmemente encauzado con Fidel Castro a la cabeza, saldría adelante en esa difícil, arriesgada y tremenda prueba. Y esa era la fuente de aquel aire sereno, pero dichoso, que emanaba del Marinello de aquellos primeros años de la Revolución en que yo lo vi en La Habana. Hablar con Marinello en aquel tiempo, como después en su Cuba revolucionaria, era una de las experiencias más reconfortantes para todo aquel que ha hecho de la liberación plena del hombre, no importa la distancia a que se encuentre ese objetivo, la razón fundamental de ser de su vida.

Tres tiempos en la vida de Marinello: de solidaridad con un pueblo en armas; de lucha con su pueblo en el exilio o la clandestinidad para librarse de una tiranía implacable; de participación activa, ya victoriosa la Revolución, en la creación de una nueva sociedad y un hombre nuevo en Cuba. Tiempos diversos, con sus

múltiples facetas y variadas aristas; y a lo largo de ellos una misma imagen, la de Marinello con un mismo perfil. Un perfil que nos muestra, sin el menor desfallecimiento, estos rasgos acusados del escritor y el político, del intelectual y el revolucionario.

*Primero:* su universalismo. Cubano ejemplar hasta sus raíces, pero cubano universal, las raíces de su vocación cubana son también las de su vocación universal: la lucha por la justicia, contra la opresión y por la creación de un mundo nuevo, era su lucha, cualquiera que fuese el rincón donde ella se libraba: España, Vietnam o Angola.

*Segundo:* su condición de intelectual comprometido. Nadie que conozca su obra podrá negar que ha sido un intelectual exigente con su propio quehacer: riguroso, serio, informado, estudioso, reflexivo, ajeno a todo halago o concesión que le proporcionara fácilmente el aplauso, pero al mismo tiempo con un alto sentido de responsabilidad intelectual. Y, por ello, un intelectual que ve en el uso de la inteligencia no un fin en sí o un instrumento de provecho o prestigio personales, sino un arma al servicio de lo más valioso del hombre: su capacidad para hacerse su propio destino. Para él no existen, carecen de una base profunda, los dilemas que esconden las peores tomas de posiciones: literatura pura o comprometida, objetividad o partidismo, literatura o política. Tampoco tiene sentido para él el intelectual que se ve a sí mismo como una conciencia privilegiada, la "conciencia crítica" de la sociedad, mientras que las masas deben limitarse a recoger las migajas que de sus banquetes espirituales puedan llegarles. Marinello ha sido el prototipo del intelectual que por encima de todas las falacias y argucias de la "neutralidad ideológica" impregna su obra de la ideología que contribuye a la transformación del hombre y con ello a la elevación misma del trabajo intelectual.

*Tercero:* revolucionario cabal. No sólo porque imprime a su labor intelectual una ideología claramente revolucionaria, sino porque a lo largo de su vida se empeña en igualar el pensamiento y la acción. Su estirpe es, en esto, la de Martí, Marx, Lenin, Grams-

ci, y la de todos aquellos grandes intelectuales revolucionarios, o revolucionarios a secas, que no sólo contribuyen a entender la realidad a transformar, sino que participan directa o activamente, con su práctica política, en la transformación de ella.

*Cuarto:* su marxismo firme y consecuente. Marinello, que tiene una larga militancia en los años más oscuros del dogmatismo, no contrapone nunca la adhesión firme a los principios y la flexibilidad necesaria para atender a las exigencias de los cambios de la realidad. Por ello, lo que a algunos dogmáticos sorprende: que la Revolución cubana no se deje encerrar en moldes ya establecidos o que los revolucionarios cubanos se proclamen a sí mismos martianos y marxistas, no puede sorprender a un marxista vivo como Marinello. Lo que desazona e inquieta a quienes se aferran a fórmulas cuando la vida misma exige romperlas, no puede desazonar a un marxista como Marinello que, aferrado a los principios y a la cabeza de ellos, el comunismo como transformación radical de la sociedad y del hombre, está abierto — como lo estuvo siempre Marx — a los latidos de vida de la realidad. De ahí que desde que se hace marxista lo encontremos, hasta el final de su vida, uno y diverso, a través del tiempo, a través de los tiempos: uno, por su firmeza siempre presente en la adhesión a la causa universal, emancipadora, de ayer, de hoy, y de mañana, que él ha asumido; diverso, porque diversos son también los tiempos, las circunstancias, y la realidad.

Nosotros hemos tomado tres tiempos de la vida ejemplar de Marinello. En verdad, hay más, muchos más en ella, pero todos los ha vivido, sin embargo, como un sólo tiempo, el tiempo de la revolución, porque ser revolucionario es vivir, en definitiva, con la revolución que implica abrazar la causa de la emancipación plena y radical de los hombres.